

ficarse la ciudad debía disminuirse el grueso de las paredes y su elevación; que en el interior de las casas debían aquéllas forrarse con tablas apoyadas en fuertes pies derechos de madera á distancia de tres varas uno de otro; que convenía emplear los telares ó quinchas y formar los techos llamados de tijera; que sería bueno ensanchar las calles hasta doce varas; que se prohibiesen los balcones, arcos de bóveda y torres redondas; que debían aislarse las casas, etc.» El Cabildo expuso que la idea era bellísima, pero irrealizable.

Arquitectura eclesiástica

PREVEO que la fatiga y el cansancio se ha de apoderar del ánimo de los lectores: no está en mí el evitarlo, y harto trabajo tengo en escribir lo que á ciencia cierta sé que se ha de pasar por alto. Porque si yo entendiera siquiera de arquitrabes, procuraría amenizar la inevitable monotonía de descripciones arquitectónicas tan parecidas y tan á grandes rasgos dibujadas las más, ya haciendo resaltar la valentía de la obra en la poca convexidad de una bóveda, en la pureza del estilo los conocimientos del archi-

tecto, ó en la sencillez y majestad de las líneas el buen gusto.

Amenizaría también estos renglones con ciertos toquecitos, ya acerca del festivo y alegre orden corintio; del gótico, fantástico y arrebatador; del dórico, que no sé cómo calificarlo; del romano puro, que parece hecho para que en sus macizos arcos retumbe con toda majestad el canto gregoriano; del bizantino, en fin, de pura transición, y que parece modelado en parte por la austeridad de San Basilio y en parte por la amena y sólida elocuencia del Crisóstomo.

Pero de todo esto ha de carecer por fuerza lo que escriba, ó mejor dicho lo que copie, sometido á la imperiosa y dura ley de la necesidad originada de la falta de datos y de los conocimientos debidos en este ramo de las bellas artes. Empezaré, pues, por entresacar de una y otra parte lo que pueda respecto de las catedrales en lo que tenga relación con la arquitectura.

Dejando á un lado la serie de vicisitudes por que pasaron todas ellas, acortaré cuanto pueda al referir las ocurridas en la de Lima, que no dejan de prestar interés á la materia.

Señalado al Oriente de la plaza principal el sitio para la iglesia mayor, puso la primera piedra del templo y los primeros ma-

deros de ella, á nombre del Rey, D. Francisco Pizarro, conquistador, gobernador y capitán general del Perú, el 18 de Enero de 1535, bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora. Acto continuo se repartieron los solares para los vecinos fundadores de Lima.

En 1543, D. Fray Jerónimo de Loaysa, primer obispo y arzobispo de esta ciudad, mandó derribar la humilde iglesia primitiva, sustituyéndola por otra no mucho mejor, que erigió en Catedral de su amplísima diócesis. Como Lima crecía considerablemente en riqueza, comercio y vecindario, avergonzábanse los españoles residentes en ella de su Catedral, y pasando al otro extremo dieron en todas las desdichas que habrá leído el curioso lector en las páginas del libro XIII, con motivo del análisis que en ellas hice acerca del San Cristóbal de Alesio.

El arquitecto que dirigía esta obra era Francisco Becerra, natural de Trujillo*.

Acabada ya la mitad del templo en 1604, el fuerte temblor acaecido en Octubre de 1606 lastimó tanto las bóvedas, que fué necesario modificar la altura dada á las naves. Al fin quedaron concluidas las tres que llama elegantes Mendiburu, y en ambos lados otras dos, en que están embebidas dieciséis capillas.

Diéronse al templo siete puertas; formáronsele cuatro torres, dos en la fachada y dos á la espalda del edificio, con gran número de campanas; una de ellas llevó 600 arrobas de metal, como dijimos en lo referente á la industria en fundiciones. En esta primera Catedral, digámoslo así, fué donde se puso el magnífico coro, facistol y púlpito de que en el libro anterior dimos tantas particularidades.

Además de todo ello se colocaron á los muros dos hermosos órganos, iguales por su valor y especiales recomendaciones á los que se conocían en las primeras iglesias de España.

«El coro y el centro del crucero quedaron formados en elevación, pero no en tanta altura como el atrio ó plaza que en la gran nave termina en las gradas que conducen al presbiterio.» Si no hubiera yo visto lo que en este párrafo se dice, quizá me hubiera quedado sin entenderlo. Es lo siguiente, por si á alguno le pasara lo que á mí.

Todo el plano del coro, que está elevado cosa de una vara sobre el piso común, se prolonga hasta la primera grada del altar mayor, rompiendo el crucero por en medio. Al llegar esta meseta al presbiterio, empiezan las gradas, y tras ellas el espacioso presbiterio

cuadrado sobre que está el altar mayor. De modo que la gradación que dió el arquitecto al suelo del presbiterio con respecto al pavimento común de toda la Catedral, fué ésta: suelo ó pavimento común de las tres naves; meseta-suelo del coro prolongada hasta la primera grada del presbiterio atravesando el crucero, y gradas de subida al plano del altar mayor.

Las gradas, que son hermosas, se hicieron de mármol blanco llevado de las canteras de Recuay, pueblo del corregimiento de Huaylas.

El altar mayor fué de orden corintio, y sus columnas de gusto mosaico: «en la obra de este altar se gastó una suma enorme; los sobrepuestos y adornos de plata de que se le proveyó fueron tantos y de tal valor, que en pocos templos y de igual gararquía se habrían visto semejantes.» Bajo el presbiterio se formó una espaciosa bóveda con tres salas, donde se celebraba. Bájase á ella por dos puertas que están en las naves colaterales, sitio destinado para panteón de los Virreyes, Arzobispos, Obispos é individuos del Cabildo eclesiástico.

«Se trabajó toda la iglesia de piedra y ladrillo, y conforme al mérito y solidez de su conjunto y de cada una de sus partes fué lo

magnífico de sus bóvedas, de su fachada principal y de las espaciosas y espléndidas sacristías que se le hicieron, con costosos aparadores y adornos... Diéronse á la iglesia, de Oriente á Poniente, 120 varas de longitud, medidas exteriormente, y setenta de frente, incluyéndose en éste las catorce que en cada lado formaron la base de cada torre. Ocupó el frontispicio en que se colocaron las tres puertas cuarenta y una varas, espacio empleado en las tres naves.

»Al cementerio se dieron veinte varas, con inclusión de sus ocho gradas.»

La fachada se hizo por el famoso arquitecto Pedro Noguera, de piedra de cantería que se trajo de Panamá, y en ella se colocaron las estatuas de que quedó hecha mención en las páginas del libro XIII.

«Las capillas hornacinas colaterales resultaron con ocho y media varas de fondo cada una. La grande nave central tuvo catorce y media varas de anchura, y las dos de sus lados diez y media, fuera del espesor de las dos dansas de pilares y arcos de dichas naves. Cada nave se distribuyó en nueve bóvedas, y al coro se dieron veinticuatro varas de longitud y trece y media de latitud.» Esta Catedral se consagró y empezó á usarse para el culto divino en 1625.

«Tal fué el templo en cuya fábrica, según antiguas noticias, se gastaron muy elevadas sumas y se empleó el trabajo de distinguidos artistas traídos de España al efecto. Grandes dificultades se ofrecieron en los principios para emprender una obra tan colossal, no existiendo los cuantiosos recursos que demandaba.» De dónde y cómo se obtuvieron no pertenece á este sitio, y sí una sumaria relación de la suerte y variaciones que cupieron á la desdichada metropolitana del Perú. Acababan de cumplirse cinco años de su solemne estreno, cuando el memorable temblor de 27 de Noviembre de 1630 derribó las torres y causó otros daños de entidad... Levantáronse otras nuevas y se ejecutaron diversas obras y refacciones, con las que se logró ver en poco tiempo restablecido el templo casi á su exterior estado. Años después, y cuando el fuerte sacudimiento de la noche de 17 de Junio de 1678 resintió la parte superior de la iglesia, se pensó seriamente en precaver el mal que era de esperarse si el temblor se repetía.

Practicóse, pues, la prolija y costosa obra de reforzar los estribos de todas las bóvedas; pero esta precaución no fué bastante, pues el 20 de Octubre de 1687, siendo virrey el duque de la Palata y arzobispo D. Melchor

de Liñán y Cisneros, se sintió otro temblor, á cuyo ímpetu se derrumbaron las bóvedas y torres, causándose en todo el edificio daños de consideración.

«Poco tardaron en desarrollarse los recursos que encerraba la ciudad para proveer al remedio que reclamaban su religiosidad y su propio decoro. Emprendióse la formal reparación que fué precisa, y las diferentes obras que ella demandó se llevaron á efecto activamente mediante la liberalidad del público y el celo de las autoridades. Una serie sucesiva de temblores fuertes fueron resintiéndolo edificio á fines del siglo XVII. Hubo que hacer casi continuas refacciones, entre las cuales la de más importancia fué la fábrica nueva y muy sólida de las dos portadas (San Cristóbal y Santa Polonia) de la testera de la iglesia.»

No pararon aquí los setragos sufridos y capaces de poner á prueba la paciencia, la piedad y la constancia de los Arzobispos, autoridades civiles y pueblo limano. El espantoso terremoto del 28 de Octubre de 1746 (1)

(1) En el tercer tomito de las lecturas recreativas tituladas «Propaganda de lecturas recreativas de Nuestra Señora de Lourdes», y que tiene por nombre *Cosas de América*, hay una fiel relación de los efectos que causó este memorable terremoto.

causó á la Catedral males tan grandes que se tuvo por el mejor y principal remedio echarla totalmente abajo, dejando solamente los muros principales que por su mucha solidez no habían padecido cosa alguna, lo mismo que las dos nuevas portadas de la testera.

Bóvedas, pilastras y cuanto había, fuera de lo dicho, quedó parejo con el suelo. Y como era dolor, dice Mendiburu, perder una obra de tanto mérito, « se deshizo la fachada con el mayor esmero, piedra por piedra, bajándolas numeradas para volverlas luego á unir y armar. »

« Formóse un robusto y seguro telar á la espalda del frontispicio, y al reedificar la fachada, las piedras, que era conveniente amarrar con pernos, ser afirmaron fuertemente, remachando éstos en el telar indicado. Así quedaron las mismas portadas que hizo No-gueras: la del centro, del orden toscano; las colaterales, del dórico.

» En el sitio que empieza el crucero se levantó un fuerte telar que formase la testera del templo, á espaldas de la capilla de San Bartolomé; trabajóse luego la prodigiosa estructura de las pilastras.

» Ocho eminentes y robustas vigas con 54 pies de altura y seis en cuadro, formaron el centro de cada una; puestas en pie, se colo-

caron sobre basamentos de piedra y se sujetaron después con muchas llaves y tornapuntas.

» Las nuevas bóvedas trabadas ocuparon los espaciosos intermedios; hiciéronse todas de maderos de cedro, traídos en inmenso número desde Guatemala con gran trabajo y demora...; se renovaron las puertas, se construyeron de nuevo la sacristía y las demás habitaciones, se erigió un espacioso presbiterio y se coronó con un gran retablo. Levantóse más el área y pavimento del coro y se colocó otra vez su exquisita sillería... Agregáronse algunas obras nuevas para elegancia y perfección, como la baranda que rodea el interior del templo sobre todas las cornisas, y otras de ornato, como una magnífica colgadura de terciopelo con galones y flecos de oro.

» Concluída la mayor y principal parte de esta magna obra, en que rigió en el interior del templo la arquitectura dórica, se puso expedita la iglesia en 1755. »

Pero aunque expedita para el culto, no terminada ni con mucho, no obstante los incesantes cuidados del virrey Manso de Velasco, primer conde de Superundá. La iglesia quedó sólo acabada en el cañón principal y en la nave del lado del Evangelio; para

la otra nave se necesitaron aún tres años de no interrumpido trabajo, esto es, en 1758.

Las torres que se alzaron en esta reedificación eran de muy mal gusto y desiguales. La de la esquina de la calle de Judíos tenía veintidós varas de elevación en su base y se hallaba quebrantada; formaba el segundo cuerpo un informe armazón de quinchas, sin más objeto que el de sostener materialmente las campanas. La otra torre contaba sólo once varas en su base, y para igualar á las veintidós de la otra; tenía un suplemento de dobles telares.

Ofendido el arzobispo D. Juan González de la Reguera de semejante deformidad, trazó su plan de mejoras, consultándole con el presbítero D. Matías Maestro, insigne arquitecto, nacido, como dijimos, en España. «Para la formación de las torres se trajo mucha madera incorruptible. Dada á las bases de veintidós varas cuanta firmeza fué posible, y colocado su pedestal de tres varas, se levantó en cada una el cuerpo en que están las campanas (que es de arquitectura española del célebre Lorenzana), hecho de ladrillos con ochavos, cuyos cuatro frentes están guarnecidos con ocho columnas, muy aseguradas por lo interior.

» Siguió un pedestal y un zócalo corrido

que sirve de pie al segundo cuerpo, con cuatro pirámides. Luego la obra de madera cubierta de azulejos en forma ochavada piramidal, que se eleva nueve varas con cuatro óvalos en sus frentes; y sobre una ligera cornisa voltea una cúpula de cuatro varas de diámetro, con cuatro troneras, sobre la cual asienta un pedestal que recibe un globo dorado de una vara de diámetro, y encima, por último, una cruz de hierro labrado de cuatro varas y media de altura.»

Con todos estos accesorios ha quedado cada torre con 64 varas de elevación sobre el nivel de la calle. Concluída una de las torres, se empezó la obra de la otra en 25 de Septiembre de 1797, que quedó, cuando terminada, igual en todo á la otra. Corrióse por toda la fachada la cornisa de las torres, y se hicieron otras obras de menor cuantía.

Las cantidades gastadas en la catedral de Lima se representan por las siguientes sumas: En la catedral estrenada en 1625 se insumieron 594 mil pesos de á ocho reales (2.970.000 pesetas) otorgados por el Rey y los encomenderos. En las obras hechas á consecuencia del terremoto de 1687 sólo se invirtieron 60.000 pesos, por la mucha gente que prestó gratuitamente sus servicios; y lo gastado después del terremoto de 1746, se-

gún cuenta cerrada en Marzo de 1760, montaba á 386.000 pesos.

Casi todos los doscientos noventa y dos años que estuvo Lima bajo el poder de España se emplearon en hacerle la Catedral que hoy tiene, sin que haya habido necesidad de componerla desde 1797 hasta el presente con obra alguna de consideración y expendio.

Largo ha sido el historial de este templo, y acaso, acaso pueda decir alguno, después de haberlo leído, que más que asunto de arquitectura lo ha sido de albañilería. Que la frase tenga sus listas de verdad, no me atreveré á negarlo; mas téngase presente lo que el peruano Mendiburu dice acerca de poderse proporcionar datos cualquiera que desee tratar estos asuntos con alguna minuciosidad. «En la Catedral no existen los documentos que debiera haber; no hay un archivo bien organizado ni quien dé razón, ó, mejordicho, quien tenga voluntad para buscar datos: en tal estado han puesto el país las revoluciones y la desmoralización» *.

Aunque la catedral de Lima éste muy lejos de ser una maravilla en la arquitectura eclesiástica, quizá halle el lector un poco apasionados los siguientes juicios de dos españoles que no dejaron de hacer algunas bue-

nas observaciones acerca de cosas y costumbres del Perú.

Es el uno el botánico D. Hipólito Ruiz, el cual en su *Descripción de Lima* se expresa acerca de la Catedral en esta forma: «La Catedral, que con el Palacio arzobispal compone un lienzo de la gran plaza, aunque renovada á mucho costo, no tiene cosa notable, y sí de menos las torres (D. Hipólito regresó á España en 1778, y así no pudo ver las nuevas), que no se han podido hacer, y no tanto en ella como en todas demás iglesias, da gana de llorar ver gastados tantos caudales en atibarlás de cedros, y embarazarlas con unos monstruos de arte y un descalabro del buen gusto y de la devoción.»

No es más benévolo D. Arcadio Pineda, alférez de fragata y uno de los oficiales más distinguidos y laboriosos de la célebre expedición de Malaspina, que, como Ruiz, no debió de alcanzar las torres edificadas al finar el siglo XVIII. Son estas las palabras del joven oficial: «La Catedral no ofrece nada de admirable, ni por su estructura ni por sus adornos; un vasto templo de forma ordinaria, cuya riqueza esparcida desigualmente en sus capillas particulares, ostenta en unas la magnificencia de sus patronos y en otras las negligencias de su cabildo, forma un es-

pectáculo variado nada agradable á la vista y un culto muy desigual...: la fachada exterior es pobrísima (pobre Noguera); las torres no reedificadas (cuando el alférez escribía), y el total tan pobremente repartido, que está indicando no haber sido ninguna de las otras favoritas de su arquitecto.»

Lo que de la catedral de Arequipa escribió el entusiasta Dr. D. Buenaventura Travada, es corto y me parece de algún interés arquitectónico.

Como Arequipa dependió en lo espiritual del Cuzco hasta 1609, no podía tener anteriormente á esta fecha sino iglesias parroquiales. «Comenzóse á edificar la catedral de Arequipa siendo obispo de esta ciudad el Ilmo. Sr. D. Pedro Villagómez Vivanco. (1635-1640) Tiene su longitud de Oriente á Poniente, en cuyo costado cae la plaza Mayor, y su latitud de Septentrión á Mediodía. Repártese su longitud en tres naves rectas; la de en medio tiene más dilatado ámbito que las dos colaterales: dividen estas naves dos damas de hermosas cuanto fornidas pilastras en que descansa toda la fábrica; á éstas atraviesan seis naves colaterales que encierran con vistosas lacerías de arcos 18 bóvedas, de las cuales la tercera, que está entre el coro y el púlpito, es doble mayor de las demás.

Estas seis naves se entienden numerando la que estaba detrás del altar mayor, que se añadió en tiempo del ilustrísimo señor D. Juan Caveró para que hubiese tránsito, la cual era de orden inferior á las demás; pero en estos tiempos, su sucesor el Ilmo. señor D. Juan Bravo de Rivero, viendo que era necesario alargar este templo para darle más espacio, y reparando que el altar mayor estaba muy oscuro, sin haber modo de abrirle ventanas que diesen luz á la parte de afuera ni claraboyas por ser todas bóvedas de arista, metió el altar á todo el ámbito que hacía el tránsito, con grande primor del arte, porque se temió que desatando la testera en que estaba antes arrimado, al quedar al aire la bóveda, que era ornisa de la arquitectura de arista que estriba por todas partes, hubiese alguna ruina; mas sin que se experimentase daño alguno se consiguió el introducir el altar hasta arrimarlo al costado de la iglesia de San Juan de los Curas y levantado paredes por ambos lados desde la primera pilastra hasta la referida iglesia y añadiéndole la altura necesaria á la pared de la testera, se voló sobre este robusto fundamento un hermoso arco que da capaz espacio al presbiterio, y por ser de la arquitectura de punto entero, dió lugar para que se

le rasgasen en los costados de la bóveda dos grandes ventanas, y cercanas á la clave dos claraboyas, con cuya luz quedó el presbiterio con mucha claridad.»

Los inteligentes sabrán apreciar lo que valga el alargado de la iglesia Catedral y los trabajos que se hicieran, lo cual he dado como prueba de los conocimientos arquitectónicos que había en el virreinato por los años de 1736. Se tienen en Arequipa por obras de mérito dos medias naranjas, de las cuales una corresponde á la capilla de la Catedral, dedicada á la Sagrada Familia, y otra llamada de los Curas.

Acerca de la construcción de esta Catedral no dejará de hallar gusto el lector en el original episodio que nos narra nuestro insigne doctor Travada en la breve pero substanciosa vida que nos dejó del Ilmo. D. Fray Gaspar de Villarreal, uno de los primeros obispos de Arequipa, y antorcha de la esclarecida Orden agustiniana.

Dice, pues, Travada que este Obispo aplicó todo su celo á la obra de su Catedral, y como tan experimentado alarife, voló la obra en alas de su deseo, cargando como en Chile, como jornalero, el material en que sirviendo de escuela su piedad, cargaba todas las piedras de la obra con su ejemplo, como

allá Saulo con su escándalo cuantas descargaron en el Protomártir. Y no debo pasar en silencio que estando ya para cerrar las bóvedas, fué necesario en aquel tiempo valerse de un Fulano Bastidas, quien acababa de dar pruebas de ser eximio arquitecto en la grande fábrica del puente.

Presumió éste que se la hacía de plata la grande necesidad que en aquella urgencia tenían de su arte, y pidió una suma considerable de pesos por mastrar las bóvedas.

Bien quisiera el celoso Prelado, por ver coronada la obra con perfección y seguridad, darle el exceso que pedía; mas estaba muy gastado por haber echado el resto en los materiales, que estaban ya prontos para cerrar las bóvedas. Requirió al arquitecto ofreciéndole algo menos de lo que pedía; mas por presumir que era el único artífice que había en la ciudad, se mostraba siempre duro á las propuestas.

Estando su Ilustrísima en este conflicto, salió un clérigo nombrado el licenciado D. Esteban de Valencia, prebendado y natural de esta santa Iglesia, y adornado de un general ingenio, que lo aplicaba á todo lo que quería, se ofreció como caballero con ilustre hidalguía á mastrar graciosamente todo lo que restaba de la bóveda.

Descubrió su Ilustrísima todos los fondos de su hábil entendimiento, y poniendo en manos de Dios el éxito y en las suyas la obra, comenzó este caballero á mastrarla; previno materiales, levantó cimbrias, dispuso monteos, asentó sillares de curiosas lacerías, cerró las claves, cuñó y techó con prolijidad, y teniendo ya determinado el día para falsear las cimbras, el arquitecto Bastidas, que con vano desprecio lo notaba todo, puso escaños en el portal de San Agustín y convidó á sus amigos para que viesan caer las bóvedas.

Así lo presumió; pero cuando vió que desechas las cimbras quedaron al aire suspensas las bóvedas, dando reglas de duración á la arquitectura, quedó suspensa su admiración, burlada su presuntuosidad, y si hubiera sobrevivido á los muchos temblores que ha resistido este hermoso edificio sin que hayan hecho mella ni en los revoques sus vaivenes, hubiera admirado más y presumido menos al ver que la natural arquitectura de su ingenio sirvió de ruina al crédito de sus matemáticas dimensiones.»

El mismo arquitecto Becerra, que hacia fines del siglo XVI dirigía la catedral de Lima, y que había construído en Méjico la de la Puebla de los Angeles, de 117 varas de largo

por 64 de ancho, fué también el que dió los planos para la del Cuzco, que aún no estaba concluída á la mitad del siguiente: de ella nos dice el Deán, sobrino de Fray Vicente de Valverde: «Acabado este templo, será el mejor de este reino, y ninguno de los de España le hará mucha ventaja, porque aunque haya otros mayores y más capaces, conforme á la grandeza de las ciudades, como son el de Toledo y Sevilla, en la curiosidad, arquitectura, materiales preciosos de piedra azul durísima, lúcida y tersa, los iguala á todos.»

Si Gil González Dávila, en su *Teatro eclesiástico de las Indias occidentales*, hubiera aprovechado la gran copia de datos que se le comunicaron en virtud de la real cédula fechada en Madrid á 8 de Noviembre de 1648, ni hubiera quedado su obra tan escueta, ni ésta tampoco en las escasas páginas que damos á cuanto se roza con asuntos eclesiásticos de cualquier orden que sean. Remediaré en lo que pueda el irritante laconismo del supradicho autor, y de una de las hermosas y completas descripciones que se le enviaron y que no aprovechó, tomaré algunas líneas que se refieren á la catedral de Quito.

«La iglesia material es capaz, de las buenas que hay en todo el reino, de tres naves,